PERFILES

Dos escritores brasileños

I

Erico Veríssimo

EN sus reflexiones acerca de la novela moderna, este escritor brasileño —uno de los más interesantes escritores latinoamericanos contemporáneos— ha expresado su convicción de que “la gran verdad es que la complejidad de la novela aumenta en razón directa con la complejidad de la vida”. Y agrega: “La ciencia avanzó y, en cierta manera, la gran mayoría de los conocimientos científicos que en tiempos pasados eran propiedad casi exclusiva del sabio, del estudioso, del docto, hoy se vulgarizan de tal forma, que el novelista se ve impelido a dejar de ser solamente el hombre que cuenta una historia, para ser también el escritor que está bien informado de los problemas y de los descubrimientos de su época, en todos los dominios.”

Tal afirmación de Erico Veríssimo es, en cierto modo, suficiente para hermanar su estética a la de los más interesantes novelistas norteamericanos actuales: los norteamericanos, a los que Veríssimo aparece bastante solidarizado, no sólo en algunos aspectos de su novelística, sino hasta también en algún pasaje de su vida activísima, sobre todo en su adolescencia y en su primera juventud, ya como estudiante, ya como periodista o bien como modesto empleado de

una casa de comercio. Y hasta la manera vertiginosa con que logró la consagración, tiene algo que evoca a los escritores estadounidenses.

Dos grandes premios, obtenidos en poco tiempo —el “Machado de Assis” y el “Graça Aranha”—, señalaron su nombre a la atención del público, y su novela *Caminos cruzados* (premiada con el segundo de los galardones mencionados) dió amplia razón a quienes afirmaban ver en Veríssimo a un escritor fuerte, nuevo, diferente, personalísimo.

Pero fué sobre todo, la publicación en 1938, de *Olhai os lírios do campo* lo que confirmó y amplió ese prestigio. Dicha novela viene a ratificar la afirmación de Erico Veríssimo acerca de la novela contemporánea, que hemos transcrito al comenzar la presente nota. Porque en *Olhai os lírios dos campos*, al reflejar la lucha entre el sentido práctico y el triunfo ideal, entre el triunfo falso y el verdadero triunfo, entre la tentación y la conciencia, el novelista revela un profundo conocimiento de las reacciones en el mundo de la psicología. Y toda esta sabiduría aparece libre de digresiones, de pesadez didáctica, para tornarse imagen vital.

De carácter distinto a *Olhai os lírios do campo*, su *Viagem a aurora do mundo*, al centralizarse en motivos prehistóricos, los enriquece con una viva imaginación y con una interpretación muy aguda de diversos problemas estéticos y científicos. Ese libro ha sido comparado a los mejores de Wells y, en verdad —y a pesar de su amplia originalidad— se emparenta, en cierta manera, con la visión del gran escritor británico.

En enero de 1941, invitado por el gobierno estadounidense, partió Veríssimo a la patria de Whitman. Esa estada inspiró una obra poco conocida entre nosotros: *Gato preto em campo de neve*, especie de calidoscopio, panorama abigarrado y atractivo, en que resaltan las virtudes de agilidad y modernidad de buena ley que caracterizan al autor, cuya mejor novela es, quizá, la más reciente: *Lo demás es silencio*, obra en que la profundidad psicológica y el hervor emocional se unen en una realización de intenso dramatismo y de sobrios toques líricos, sin perder nunca su auténtica calidad novelística.

Padua de Almeida

Es poeta de sentido social y de expresión nueva y ardorosa, con algo de profético y reivindicador. Este escritor siente intensamente el dolor y la desorientación de los seres humildes y desheredados, que vagan al azar. Siente su voz, que recoge en poemas de ritmos amplios. Así les dice: "Os defenderé, hermanos de dedos destrozados y de ojos cansados; os defenderé. El sonámbulo convoy de la injusticia humana ulula y silba, con sus lúgubres pitadas, atravesando túneles perdidos. Y con ruedas negras, interminables, pasa sobre vosotros."

Este anhelo de solidaridad humana, que constituye la faceta más personal del lirismo de Padua de Almeida, lo señala con relieves muy propios, en el coro de la poesía brasileña, pudiendo afirmarse que es él quien con mayor intensidad y tenacidad recoge el clamor de los hambrientos, de los sedientos, de los vagabundos, de los obreros explotados, de las multitudes ávidas de justicia.

Ese clamor tiene, a veces, tono de rebeldía, o bien se expande en una mística música. En otro de sus poemas declara: "Estamos sin apoyo. El hambre nos persigue y tú huyes de nosotros. Tu sombra, inmensa y fría, aléjase y nos repele. Tus manos se cierran, se cruzan, como puertas de bronce. Y tu voz se calla como la boca indiferente e insondable de un muerto, cuando —entre sollozos— te imploramos: "¡Queremos una llama y un pan! ¡Tenemos hambre! ¡Estamos perdidos!" "Tú huyes y te callas y tu ausencia y tu silencio nos magullan. Estamos sin apoyo, en tu inmensidad inerte."

Como puede apreciarse, el clamor de Padua de Almeida no llega al tono discursivo, que es el gran enemigo de la poesía. Su seguro

instinto artístico lo aleja de esas zonas antipoéticas. Se expresa con gran pureza de lenguaje, preferentemente en el verso libre, que es el más adecuado para la poesía suya. A veces, recuerda un poco la manera de los cantos bíblicos. En otras ocasiones, se hermana a la música de Claudel. En todo caso, hay en sus poemas una síntesis expresiva muy bien lograda.

Esta poesía tan fraterna y tan honda, eminentemente universal y humana, es hoy más necesaria que nunca. Constituye el mensaje de un mundo que, tras de todos sus errores, tras de todas sus luchas, sus anhelos de justicia, comprende que el secreto de la concordia reside en la terca certidumbre de que el alma humana es una, la misma en todos los rincones de la vasta tierra. Poesía de lucha, que no se opone a la otra, la que es como un remanso suntuoso en medio de la lucha.

Padua de Almeida, desde su primer obra titulada *Minha sombra* hasta sus más recientes poemas, confirma su condición de ciudadano del mundo y de auténtico poeta.

GASTÓN FIGUEIRA.